

M. Teresa Cabré

SAGER, J.-C. La terminología, puente
entre varios mundos. In: CABRÉ, M.T. La
terminología: teoría, metodología, aplicaciones.
Barcelona: Antártida / Empúries, 1993. p.11-17.

La terminología.
Teoría, metodología, aplicaciones

Prólogo de J.-C. Sager

Morilda

Prólogo

La terminología, puente entre varios mundos

A fines del siglo XX, cuando la ciencia y la tecnología forman y determinan una parte esencial de nuestra existencia con un impacto nunca antes experimentado, parece existir el acuerdo general de que las terminologías —las palabras y frases usadas en el discurso especializado— constituyen un elemento del lenguaje de creciente importancia. Existe, en cambio, un acuerdo menos unánime sobre la necesidad de las terminologías. En efecto, la terminología constituye para los especialistas el vocabulario esencial para una comunicación eficaz; pero para el gran público no es más que una jerga de especialistas para engañar, confundir o impresionar con conocimientos superiores, o con un lenguaje arcano que protege los misterios del saber; para muy pocos, en fin, es una de las llaves del progreso que permite acceder al mundo de las ciencias y las técnicas.

Frente a esta posición ambigua, interpretada a menudo como un conflicto de culturas, es natural que haya surgido la necesidad de estudiar la razón de ser de las terminologías. Y es también natural que se haya creado una profesión de especialistas en información y comunicación mono y multilingüe, cuya función es facilitar la comunicación entre los especialistas y el público profano, superando así los obstáculos terminológicos creados por el contacto de lenguas. La misma polisemia de la palabra «terminología» —referida tanto a la materia de investigación como a los conjuntos de términos de lenguajes especializados o al estudio de estos fenómenos— suscita distintas reflexiones acerca de la interacción entre conocimiento y lenguaje, lo que demuestra la complejidad del tema y sus múltiples ramificaciones.

La dificultad que experimentamos con la «terminología», tanto en su estudio como materia lingüística como en su mediación práctica, reside en una ignorancia perdonable, que consiste en no tener conciencia de cuán poco sabemos sobre lo que es la información y sobre la complejidad de cualquier proceso de comunicación. Esta observación, aparentemente banal, explica muchos de los malentendidos arriba mencionados, como intentaré demostrar remontándome a las fuentes de estas equivocaciones.

Hasta hoy, la terminología no se ha estudiado autónomamente como dis-

ciplina porque se la ha considerado parte de la lengua que, siendo propiedad común, no parece merecer ninguna atención o consideración especial. Después de todo, hablar, leer y escribir una lengua son habilidades que se adquieren viviendo en la sociedad que usa esta lengua. Para confirmar la veracidad de esa posición tan simplista, basta con observar las actitudes hacia la lengua en la educación escolar. El estudio del castellano en las escuelas españolas, paralelamente a la situación en otros países y lenguas, presupone un cierto dominio inicial de la lengua materna; generalmente, la enseñanza se limita a algunos aspectos formales de gramática, un poco de estilística y un poco de literatura. La enseñanza de otras materias se apoya en nuestro conocimiento del castellano que, de esta forma, se amplía y se practica. Las lenguas extranjeras, por otra parte, se suelen enseñar como instrumentos de comunicación y expresión.

Estas afirmaciones se comprueban claramente si analizamos la evaluación de la competencia que se exige a los alumnos en cada caso. El dominio de la lengua madre se evalúa solamente en ejercicios en los que se espera encontrar una argumentación clara y una cierta cohesión sintáctica y semántica; pero ni se enseñan ni se evalúan los conocimientos del «cómo» de la retórica ni del «porqué» de las preferencias lingüísticas, es decir, los aspectos pragmáticos o sociolingüísticos. Los conocimientos lingüísticos prácticos en lenguas extranjeras se evalúan en su valor puramente instrumental; «responder en francés, leer o traducir» son demandas factibles, pero implican una separación artificial de la forma de la lengua, cuya expresión se examina, y su contenido, que de una forma u otra se supone que existe. Es bien sabido que muchos estudiantes escriben malos ensayos no porque desconozcan su lengua materna, o una lengua extranjera, sino porque no tienen nada que decir.

Muy distinto, en cambio, es el caso del biólogo o del ingeniero, cuyos programas de estudio no incluyen como materia básica una instrucción en el lenguaje de la ingeniería o de la biología, a pesar de que los cálculos y diseños requieren expresarse en forma escrita o hablada para explicar, persuadir a un cliente, instruir a los mecánicos, etc. En estos casos son habituales los comentarios de los examinadores quejándose de que los estudiantes de materias científicas o tecnológicas «no saben redactar textos escritos ni expresarse en exámenes orales».

Las deficiencias en la formación de los especialistas pueden explicarse por una concepción errónea que trata por separado el lenguaje y las materias de especialidad; o, más concretamente, que separa el conocimiento de su forma de expresión apropiada. El ingeniero aprende su materia sin ninguna conciencia de los instrumentos que necesita para comunicarla. El estudiante de francés aprende las formas de la lengua, en muchos casos sin conocer una materia en que pueda aplicar ese instrumento.

Podemos resumir la posición del ingeniero o del científico respecto a su conocimiento del lenguaje diciendo que:

«estudiar una materia equivale a aprender el lenguaje de esa materia.»

Hay que admitir, sin embargo, que el especialista no tiene conciencia del lenguaje que ha adquirido, y que, por tanto, no puede anticipar los posibles obstáculos que puedan surgir en la comunicación con especialistas de otras materias o con el gran público. Para ir más a fondo en estas posiciones basta examinar los principios de la adquisición del lenguaje.

De niños aprendemos nuestra lengua —o varias, si nos encontramos en un ambiente plurilingüe— de forma automática y progresiva, con ajustes subconscientes de acuerdo con nuestras necesidades y capacidad mental, y con diferentes orientaciones según ciertas condiciones psicológicas. Un adulto analfabeto en una materia aprende el lenguaje especializado de la misma forma que lo hace un niño, a medida que sus necesidades le van poniendo en contacto con una u otra materia. La lengua que aprende de ese modo se suele considerar «lengua general», puesto que sirve a un gran número de necesidades cotidianas de comunicación y expresión.

En la escuela secundaria, aprendemos a separar la física de la química y de la biología, y más tarde a subdividir las materias generales en sus partes específicas, como la zoología, la botánica o la química orgánica e inorgánica. Así, aprendemos el lenguaje apropiado para hablar de física, de química, etc., que es un poco como aprender una segunda lengua, como si fuera una lengua extranjera, aunque este aprendizaje no se percibe como tal. Para una persona inculta el saber es indivisible. Al superar la visión unitaria del mundo y de la lengua de nuestra niñez, a medida que avanza nuestra sofisticación social e intelectual, el mundo se va dividiendo en compartimientos, cada uno con su lenguaje correspondiente.

En este estado de la vida y de la educación, la primera lengua sirve de base para la segunda, o sea, sirve de metalenguaje. Mientras que la primera lengua se aprende por imitación, la segunda se aprende y se enseña a través de la primera. Se explican, describen, parafrasean conceptos nuevos en la primera lengua, para después recibir una definición formal y su designación terminológica en la segunda lengua. Enseñamos el significado de una palabra técnica, de un término, del mismo modo como enseñamos el significado de una palabra inglesa o sueca. Por repetición de este proceso se construye todo un sistema de designaciones especiales, una terminología, que constituye la esencia del vocabulario de la segunda lengua. Esta permanece siempre accesible a través de la primera lengua, para que generaciones sucesivas de especialistas puedan aprenderla.

Lamentablemente, la mayoría de los estudiantes y profesores no se dan cuenta de la interacción entre esas dos lenguas, y en consecuencia no prestan una atención suficiente al delicado equilibrio que existe entre la lengua general y los lenguajes especializados por la temática, responsables de la eficiencia

del aprendizaje y de la posterior utilización del conocimiento adquirido en la comunicación.

De estas observaciones debemos concluir que la división entre lengua general y lenguajes específicos, con sus terminologías respectivas, se encuentra en la base de la estructura que nuestra sociedad ha dado al conocimiento y a las profesiones que lo representan. El estudio de la terminología presupondría el rechazo de la concepción de una lengua como un instrumento unitario multifuncional, y la aceptación, en cambio, de una concepción de la lengua como un conjunto de diversos lenguajes de variado grado de especificidad, que poseen en común un gran número de elementos fonológicos y morfológicos, un número menor de elementos sintácticos y una coincidencia semántica, hasta el punto de permitir una función metalingüística a un nivel más general.

Pero ningún especialista domina toda una materia y, por tanto, tampoco domina todo el vocabulario de esa materia. Un cirujano, por ejemplo, posee un vasto corpus de recursos de lengua general, un lenguaje médico también amplio y la terminología y la fraseología de su especialidad; posee además conocimientos parciales de alguna otra terminología especializada cuya materia constituye para él un hobby o le despierta un interés particular. Así, del mismo modo, podemos afirmar también que nadie conoce toda la lengua castellana, porque nadie ha leído todo lo que se ha escrito ni ha oído todo lo que se ha dicho en este idioma.

Es pues apropiado admitir que cada persona tiene un dominio parcial de su idioma, y que este dominio está determinado por su educación, su nivel cultural, su profesión, su procedencia geográfica, etc.

Sería más preciso, entonces, modificar la proposición que hemos hecho anteriormente en los términos siguientes:

«Estudiar una materia equivale a aprender los lenguajes de esa materia.»

No obstante, debemos observar que esta proposición no es reversible, porque «aprender» no es un término suficientemente definido. Trabajando en terminología, constatamos que hay varias formas de «aprender» que implican a su vez varios niveles de comprensión. La evidencia más clara de los niveles de comprensión la ofrecen los traductores e intérpretes que, sin ser especialistas en una materia, comprenden textos especializados hasta el punto de poder reexpresarlos en otro idioma, aunque no sean capaces de construir puentes, de producir automóviles o de analizar sustancias químicas.

De ahí concluimos que traductores e intérpretes, documentalistas y también terminólogos ocupan una posición de puente entre el lenguaje y las materias de especialidad, entre el contenido y el instrumento. Conocen el lenguaje de la materia, pero no «conocen» la materia como la conoce un especialista.

Para resolver esta paradoja, es necesario aceptar que, además de haber

lenguajes separados, existen también niveles diversos de saber, y que el saber de un traductor o un terminólogo puede diferir del saber de un intérprete o un documentalista, y también del saber hacer del ingeniero o del biólogo. La exploración de esta idea conecta la terminología con la psicolingüística y la ciencia cognitiva.

Una explicación alternativa a lo que acabamos de afirmar postularía que hay diferencias entre formas de saber de acuerdo con la sustancia de lo sabido. Saber una lengua es un saber diferente a saber construir un puente.

Si distinguimos entre niveles de comprensión de materias, también resulta útil distinguir entre niveles de lenguaje. Así, identificamos lenguajes que existen solo en su forma escrita, como los símbolos de las matemáticas o las fórmulas químicas y otros lenguajes escritos y hablados con variaciones según los interlocutores. Existen lenguajes que usan los especialistas para relacionarse entre sí, y otros para comunicarse con interlocutores menos especializados, o para establecer comunicación con especialistas de otras materias. Dentro de un mismo ambiente profesional se dan, de este modo, diferencias entre el discurso científico y el discurso técnico, entre el discurso divulgativo y el discurso didáctico. Por último, también existen lenguajes que los especialistas usan para comunicarse con el público general.

Así, de acuerdo con estas afirmaciones, debemos corregir la primera proposición en los siguientes términos:

«Conocer una materia equivale a tener un dominio de parte de los lenguajes de esa materia; dominar los lenguajes de una materia equivale a tener cierta comprensión de la materia.»

Este prefacio ha querido mostrar la diversidad de las bases teóricas y prácticas de la terminología, con sus ramificaciones sociales, culturales y económicas. Al mismo tiempo, ha intentado sugerir la enorme tarea con que se enfrenta un autor que quiera escribir un libro que abarque tanto la dispersa teoría terminológica como la práctica de la terminología en todos sus aspectos de mediación y aplicación.

El estudio de la terminología es complejo porque debe satisfacer tres inquietudes distintas: la de los especialistas de la materia, que quieren justificar el uso de un lenguaje incomprensible para el público general y que necesitan una ayuda en sus comunicaciones; la del público general, que quiere saber por qué le plantean dificultades de comprensión los intercambios con los especialistas; y finalmente, la de los mediadores de la comunicación, que tienen que saber cómo hacer frente a las necesidades de sus clientes.

Estos tres grupos pueden ayudarse recíprocamente si entienden las necesi-

dades pragmáticas y lingüísticas de la terminología y las terminologías, es decir, el sistema de los lenguajes técnicos y las formas disponibles para expresar los conceptos complejos de las ciencias y las tecnologías que nos afectan tan directamente. Este conocimiento es incompleto sin una introducción a las herramientas existentes para resolver problemas de comunicación, como son los diccionarios y tesauros (impresos y electrónicos), los bancos de datos terminológicos y otros instrumentos que facilitan la comunicación mono y multilingüe.

Responder a preguntas como estas en un solo libro es una tarea casi imposible, pero al mismo tiempo necesaria. Debe haber muy poca gente más cualificada dentro del mundo hispánico para tratar esta diversidad temática con autoridad y experiencia práctica que la autora de este libro, M. Teresa Cabré, que reúne las cualidades ideales para esta tarea. A la sólida base de lingüista teórica, que le ha valido una cátedra de Lingüística Catalana en la Universidad de Barcelona, añade la práctica de dirección de centros importantes de planificación, recopilación y divulgación de terminología. Más allá de una preocupación estricta por proyectos terminológicos, tiene experiencia directa en estudios lexicológicos, lexicográficos y lexicométricos tanto en su vertiente monolingüe como bilingüe. Forma parte de organismos catalanes, españoles e internacionales que se ocupan de las lenguas y de la terminología en toda su amplitud. Estos trabajos y su trayectoria docente y organizadora le han permitido ver la necesidad de presentar la terminología como una preocupación que afecta a todos los aspectos de la información y la comunicación, y encontrar un nivel de expresión capaz de llegar a un público diverso.

Para abarcar un tema tan vasto, la autora ha dividido su trabajo en siete capítulos. Después de abordar la terminología desde fuera en todos sus aspectos sociales, políticos, científicos y funcionales, la presenta a través de sus relaciones con la lingüística, la ciencia cognitiva, la comunicación, la documentación y la informática. La materia central de la terminología, los conceptos y sus designaciones, constituyen el contenido del tercer capítulo, ubicado en el marco de las lenguas específicas y de la documentación especializada. Como corresponde a un tema orientado a la aplicación, la segunda mitad del libro está firmemente dedicada a la práctica de la terminología. Aquí la autora se permite diferir de otros presuntos manuales, ya que puede apoyarse en una extensa experiencia personal y, por consiguiente, puede ejemplificar una rigurosa metodología del trabajo. Tras un clarificador capítulo dedicado a la terminótica, la referencia a la normalización y a la neología, en el capítulo seis, son temas inevitables en un ámbito como el hispánico, en el que la planificación lingüística tiene planteadas difíciles tareas. Concluye el libro con un capítulo sobre los aspectos profesionales de la terminología, que será de gran interés en cursos de formación de futuros especialistas en terminología.

Podemos decir, en conjunto, que este compendio será sin duda una lectura obligatoria para todos aquellos que se interesan por el «cómo» y el «por qué» de la terminología, y que participan en la mediación de la información y la comunicación técnicas.

JUAN CARLOS SAGER
UMIST, Manchester